

## RESEÑAS

---

SOLANGE ALBERRO y PILAR GONZALBO AIZPURU, *La sociedad novohispana. Estereotipos y realidades*, México, El Colegio de México, 2013, 363 pp. ISBN 978-607-462-471-7

Este es un libro muy rico y con riquezas variadas sobre la sociedad novohispana, compuesto por dos amplios estudios, cada uno un libro en sí mismo, el primero de Pilar Gonzalbo Aizpuru y el segundo de Solange Alberro, notables investigadoras ambas del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Cada uno a su manera, los dos estudios contribuyen a romper estereotipos que han opacado nuestra visión de la compleja sociedad novohispana. El de Pilar Gonzalbo, titulado “La trampa de las castas”, es una contundente crítica al estereotipo de la Nueva España como sociedad de castas. El de Solange Alberro, “Los indios y los otros: miradas cruzadas, Tlaxcala, México, Madrid, 1753-1779”, rompe con el estereotipo de los indios novohispanos como una masa homogénea y disminuida. Pero el afán crítico es sólo una de sus virtudes; otra es la riqueza de la información nueva sobre la vida y el pensamiento de la gente que vivió en la Nueva España: Pilar Gonzalbo muestra la compleja, impredecible y cambiante

convivencia en la ciudad de México de indios, españoles, africanos, mestizos, mulatos y otras mezclas. Solange Alberro muestra la existencia en las ciudades de México, Tlaxcala y otras, de una elite nahua, por lo general compuesta por nobles, cultos y activos, que estudiaron en diversos colegios o en la Universidad, se ordenaron sacerdotes y se expresaban en un español bien argumentado e informado.

El estudio de Pilar Gonzalbo fundamenta su afirmación rectificativa con una investigación factual amplia y bien encaminada, para ir a fondo de las relaciones interétnicas en la Nueva España. Su narrativa siempre es inteligente y sensible a las condiciones humanas, íntimas, intrincadas. La visión que se desprende de las relaciones entre los diferentes grupos étnicos desmiente una supuesta separación de la sociedad novohispana en castas, como en el sistema de castas de la India. Aunque dista de ser unánime entre los historiadores, la visión de la Nueva España como sociedad de castas se ha mantenido, pese al aumento del estudio de los documentos inquisitoriales, parroquiales, notariales, judiciales, y pese a una mejor comprensión de las famosas pinturas de las castas novohispanas, con los famosos nombres “tentenelaire” y “saltapatrás”, que han fascinado a tantos.

Parte del problema se deriva de una imprecisión lingüística, porque en español la palabra “casta” originalmente tenía un sentido positivo, de orgullo por el linaje, pero en el Nuevo Mundo la palabra pasó a designar a las mezclas raciales con participación negra. Pero el término no tenía el sentido jerárquico rígido de la sociedad de castas. Los documentos que examinó Pilar Gonzalbo permiten ver no sólo la presencia o ausencia en diferentes momentos y lugares, de algunas pocas de las categorías de los cuadros de castas, sino el modo casi nunca muy enfático de sus menciones, lo cual muestra una vida social mezclada en la que la movilidad era importante y no dependía tanto de la “calidad racial”, como de factores personales, familiares, culturales, circunstanciales de todo tipo.

La crítica a “la trampa de las castas” ciertamente no lleva a Pilar Gonzalbo a idealizar a la sociedad novohispana. Su argumentación al respecto es vigorosa y sutil, afirmativa e interrogativa, como en este pasaje:

No vamos a alardear de un cándida ignorancia ni a teñir de rosa una etapa más bien sórdida; pretendemos, en cambio, reivindicar a unos individuos que supieron negociar su supervivencia, que a veces se beneficiaron de su condición de presunta debilidad y que siempre atisbaron las oportunidades de superación que se les ofrecían. Hombres y mujeres sojuzgados durante siglos no fueron víctimas sumisas ni débiles mentales que no imaginaron una posible redención, sino seres humanos realistas, y no pocas veces sagaces, que utilizaron los recursos a su alcance sin esperar el advenimiento de milagrosos salvadores, ni la huida a utopías inalcanzables (p. 353).

Una de las fuentes que Pilar Gonzalbo estudia con mayor empeño y minuciosidad crítica son los registros de dos importantes parroquias de la ciudad de México, la del Sagrario, en el centro de la ciudad, y la de la Santa Veracruz, hacia el poniente, desde el siglo XVI hasta el XIX. Llama la atención la aparente inexistencia documental de los mestizos durante más de un siglo después de la conquista. Sin embargo, los mestizos mismos sí existían, pero como la mayor parte de las veces eran hijos o hijas de padre español y madre india, eran integrados al mundo español y eran reconocidos como españoles, salvo cuando la riqueza e influencia de la madre india hace conveniente registrarlos como indios. En el siglo XVII los mestizos comenzaron a ser registrados, mientras que la categoría “castas” se reservaba para todas las mezclas con sangre africana, y sólo en el siglo XVIII la categoría comenzó a incluir también a los mestizos, para referirse a la masa mezclada, indiferenciada, también llamada “plebe” por los españoles.

Ante esta mezcla y movilidad creciente de la sociedad novohispana, muchos españoles criollos sintieron la necesidad de diferenciarse de la plebe, y comenzó un intento de estratificación jerárquica, que se manifestó en la legislación y en los cuadros de castas. Este afán clasificatorio discriminador hecho por la oligarquía criolla fue confundido con la realidad por muchos. Pero aun en los momentos de mayor empeño discriminatorio la sociedad novohispana no cambió sustancialmente su consistencia y su dinámica de convivencia interétnica, y aun mostró una combatividad hasta ahora poco advertida, que muestra el estudio de Solange Alberro.

Para fundamentar la existencia de una sociedad novohispana de castas, se aducen limitaciones y prohibiciones diversas a la población con sangre total o parcialmente africana. Pilar Gonzalbo muestra que estas limitaciones no eran tantas ni tan rígidas, y formaban parte de las estrategias de negociación y las habilidades y talentos de cada quien. Pilar Gonzalbo menciona varios novohispanos mulatos que alcanzaron notoriedad como pintores. El más importante, por supuesto, es Juan Correa, que jamás necesitó ocultar su sangre africana para ser admitido al gremio de pintores. También fueron muchos los mulatos que alcanzaron a realizar altos estudios y accedieron a varios oficios. También es notable el hallazgo de grupos de negros esclavos que leían mucho, escribían y se reunían en tertulias, y sus obras de teatro eran solicitadas, pagadas y representadas. Y respecto a la presencia africana, es importante el descubrimiento de que, cuando menos en la ciudad de México, la proporción de la población negra bajó drásticamente en el siglo XVIII, conforme los diferentes rasgos africanos se diseminaron en mucha gente. Es muy buena la descripción de Pilar Gonzalbo:

Si los orgullosos españoles hubiesen querido buscar a los negros entre sus vecinos, habrían tenido que encontrarlos en la sonrisa deslumbrante de una atrevida moza, en el cabello ensortijado de un pilluelo

callejero, en la tez bronceada de un ágil mozalbete o en el ritmo peculiar del canturreo de una vieja vendedora del tianguis (p. 148).

El atrayente y rico estudio de Pilar Gonzalbo deja al lector exaltado con una nueva comprensión de la sociedad novohispana y con deseos de proseguir estas vetas de investigación, que nos ayudan a entender cómo nos fuimos haciendo como somos.

Los documentos siempre dan sorpresas y arrastran a los historiadores por caminos que resultan fascinadores. Eso le sucedió a Solange Alberro en el Archivo General de Indias cuando trataba de encontrar documentos sobre el enigmático bachiller Miguel Sánchez, autor del libro, de 1648, que narra por primera vez las legendarias apariciones de la virgen de Guadalupe a Juan Diego en 1531. Como segundo tema, Solange Alberro estaba interesada en la Orden de San Felipe Neri, insuficientemente conocida, y así dio con este grueso expediente de mil fojas, que comienza con una larga carta memorial de 1753 dirigida al rey Fernando VI por don Julián Cirilo de Castilla Aquinahual Cateuhtle, noble tlaxcalteca, que estudió (probablemente en el colegio palafoxiano de Puebla) y fue ordenado sacerdote, y que le pedía al rey la fundación de un Colegio destinado exclusivamente a estudiantes y sacerdotes indios, y con maestros también indios, ubicado nada menos que en la Villa de Guadalupe. Julián Cirilo viajó a Madrid para presentar y promover su petición, y allí se quedó, mientras los trámites y las consultas se alargaron durante décadas. Julián Cirilo murió hacia 1790, después llegó la guerra de independencia y el anhelado Colegio no se fundó. Pero en el grueso expediente Solange Alberro encontró no sólo el Memorial de Julián Cirilo, sino varios otros memoriales escritos por gobernantes indios de Tlatelolco, Tenochtitlan y Tlaxcala, con peticiones semejantes, así como los puntos de vista de altas autoridades civiles y eclesiásticas novohispanas y españolas, consultadas sobre la petición de Julián Cirilo.

El grueso expediente ya había sido estudiado por otros investigadores, entre ellos Margarita Menegus y Rodolfo Aguirre, en su libro sobre *Los indios, el sacerdocio y la Universidad en la Nueva España*, de 2006, pero Solange Alberro decidió retomar en su conjunto el documento, que es riquísimo, entre otras cosas, porque muestra los proyectos colectivos, los conocimientos, la retórica de la nobleza india universitaria sacerdotal en las grandes ciudades del virreinato, así como la reacción variada de diferentes autoridades españolas, algunas de las cuales exhiben con cinismo la noción que tenían de los indios como seres humanos inferiores. En esta gran discusión colectiva sobre el Colegio de indios propuesto por el tlaxcalteca Julián Cirilo, se catalizó una discusión más profunda, sobre la miseria de los indios, más de dos siglos después de la Conquista, y de la afirmación de la posibilidad de remediar esa miseria mediante la educación. Estas “miradas cruzadas” constituyen un antecedente importante de los grandes diagnósticos posteriores sobre el problema de la miseria de los indios, como los de Francisco Pimentel y Andrés Molina Enríquez. Con la diferencia de que la gran discusión sobre la educación de los indios que se dio en México entre 1753 y 1779 fue una discusión en la que se confrontaron posiciones diferentes.

Si bien todas las autoridades españolas consultadas compartían una visión negativa del mundo indígena, varios de ellos, como el franciscano fray Joseph de Leyza, el jesuita Joseph Mayora, los oidores de la Real Audiencia y el cabildo de la colegiata de Guadalupe, apoyaron el proyecto de Colegio, aunque pensaban que los maestros de los colegiales debían ser españoles. Las otras autoridades españolas estuvieron en contra, particularmente el fiscal de la Real Audiencia, el Tribunal del Consulado de Mercaderes, el arzobispo de México. Solange Alberro subraya con acierto que en el fondo de las argumentaciones estaba la opción entre una visión determinista, de origen divino o de origen natural (el racismo del siglo XVIII), de la situación de los indios, y una visión no determinista, según la cual

la educación puede ser un remedio para la miseria de la gente. Esta discusión del siglo XVIII sigue igualmente vigente hoy en día, como lo destaca Solange Alberro en su notable recapitulación.

Poco después del Memorial de Julián Cirilo de 1753, el bachiller don Andrés Ignacio Escalona, de la parcialidad de Santiago Tlatelolco de la ciudad de México, escribió su propio Memorial en el que, como lo mostró Solange Alberro, retomó muchos elementos y fragmentos de la carta de Julián Cirilo, con una diferencia: Escalona pide que el Colegio se establezca no en la Villa de Guadalupe, sino en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado en 1536 por el virrey Mendoza y el obispo Zumárraga, que para el siglo XVIII había caído en entera decadencia. Más adelante se sumaron otros dos memoriales de los indios gobernadores de las parcialidades de San Juan Tenochtitlan y Santiago Tlatelolco, los de Tlaxcala y “todos los de este vastísimo reino”. Finalmente en 1778 el mismo tlaxcalteca, todavía en Madrid, escribe otro Memorial, con un tono mucho más combativo y enojado que el primero.

Solange Alberro analiza y contextualiza cada uno de los textos, tanto de los sacerdotes indios como de las autoridades españolas. Son particularmente notables las cartas de los sacerdotes indios, por lo expresivo, si bien algo florido, de su lenguaje, y la precisión de sus conocimientos históricos, teológicos y aun científicos. El argumento de Julián Cirilo destaca que al educar a indios con maestros indios, iba a aumentar no sólo su educación, sino la de los indios comunes en los pueblos. Solange Alberro también llama la atención sobre el fundamento historiográfico de la argumentación de Julián Cirilo, quien les quita importancia a los frailes en la conquista espiritual y se la atribuye a los indios que auxiliaron a los frailes.

Es interesante destacar que los indios cultos de Tlaxcala, Tlatelolco, Tenochtitlan y otras ciudades tenían una visión política de amplitud novohispana, y aun americana, que rebasaba el marco local al que se limitaba la conciencia política del común de los

indios de los pueblos, antiguos *altépetl*, tal como la describieron James Lockhart, en el periodo colonial, y Eric Van Young, durante la independencia. Hoy las investigaciones sobre la población india de las grandes ciudades novohispanas muestran una población muy integrada al mundo hispánico.

Otro aporte de Solange Alberro es mostrar la pluralidad de las respuestas españolas ante una cuestión política y cultural de importancia, como la fundación de un Colegio para indios. En esto rompe con la idea de una supuesta uniformidad de la visión de los indios contemporáneos que tenían los diferentes sectores del mundo español, en España y en México. La variedad de respuestas permite valorar los espacios en los que una discusión libre se podía realizar. Los textos comentados por Solange Alberro nos dan una idea sobre los temas sobre los que era posible disentir y los de acuerdo forzoso o ideológico, lo cual ayuda a conocer la conformación en la Nueva España de una “esfera pública”, definida por Jürgen Habermas, tema que comenzaron a tratar Miruna Achim y Gabriel Torres Puga.

Se advierte que las opiniones sobre la propuesta de un Colegio de indios no están fijadas de antemano, como en el caso de los criollos representados en el cabildo de la ciudad de México, que lejos de simpatizar con la petición de los indios cultos de la ciudad de México, la rechazan y rechazan de tajo toda relación con los indios: niegan su participación en el mestizaje, pretenden no tener antepasados indios. Esto, como lo muestra también Pilar Gonzalbo en “La trampa de las castas”, con el fin de intentar competir con los españoles peninsulares, que los desplazaron cada vez más de los cargos públicos durante el periodo de las Reformas Borbónicas. Debido a la cercanía vital de los criollos con los mestizos y los indios, era mayor su rechazo a ellos.

Claro, esta es la postura de los criollos representados en el cabildo de la ciudad de México, pero no representa necesariamente a la de todos los criollos, porque no todos vivían de los cargos

públicos, sino de su trabajo en diversas empresas productivas y comerciales, en la que la convivencia diaria con indios, mestizos y castas generó vínculos de solidaridad y simpatía. Entre estos criollos productivos se cuentan los que se dedicaban al estudio del mundo, de las cosas y de los hombres, y a difundir este conocimiento (entre los cuales el ejemplo más destacado fue el sabio José Antonio Alzate), que simpatizaban con los indios del pasado y también con los de su presente.

En suma, más allá del afán de confrontación de estereotipos y verdades, la presentación de las realidades es la que le da fuerza y vigor a los dos estudios de *La sociedad novohispana*. Al mostrar la convivencia de los diferentes grupos socioétnicos y la existencia de una combativa elite nahua, universitaria y sacerdotal, y de una amplia discusión sobre los grandes problemas novohispanos, Pilar Gonzalbo y Solange Alberro no hacen otra cosa que invitarnos a emprender una *Histoire à parts égales*, entregándonos algunos *Relatos de un encuentro*, para retomar el programático título del libro de Romain Bertrand sobre Java y Malasia, que muestra la rica vida económica, política, social y cultural de estas sociedades colonizadas, que sólo conocíamos desde el punto de vista europeo, y rompe así un poco la “asimetría de la ignorancia”.

Rodrigo Martínez Baracs

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

PILAR GONZALBO AIZPURU, *Educación, familia y vida cotidiana en México virreinal*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2013, 168 pp.+1 CD Rom. ISBN 978-607-462-414-4

Preguntas, preguntas, preguntas. En nuestro oficio de historiadores, las preguntas nos rondan, nos guían, nos inquietan. “¿Qué re-